

ENTRE LA VIOLENCIA Y LA PRUDENCIA: ENSAYO SOBRE LA RACIONALIDAD POLÍTICA DE MAQUIAVELO¹

Ignacio Lozano Moheno

Resumen

A Maquiavelo se le atribuye la fundación de la ciencia política moderna. Al hacerlo, traza los límites de una nueva racionalidad política. Maquiavelo coloca la idea y el ejercicio del poder político en el centro de la modernidad. A la manera del escultor, cincela y le da por lo menos su forma más básica al estadio, de manera que resulta casi imposible separarlo del príncipe. Este debe no sólo conquistar el Estado, sino preservarlo.

Y para ello hay que hacer uso de la violencia, saber aprovechar las circunstancias —la *fortuna*— poniendo en juego el príncipe, el actor político moderno, su *prudencia*. Ahí reside la *virtú*. Se trata de la capacidad de hacer uso indistinto de la maldad o la bondad, la crueldad o la ternura, la devoción o la incredulidad, según las circunstancias y el dictado de la prudencia.

Para Maquiavelo no importa si el príncipe en realidad es bueno o cruel, creyente o no; lo que importa para el fin de preservar el Estado es sobre todo parecerlo, porque por los resultados, no por las intenciones y los valores intrínsecos del hombre, el político será juzgado.

Abstract

Machiavelli is considered to be the founder of modern political science. Indeed, he

¹ Las traducciones son responsabilidad del autor.

proposes a new political rationale. Machiavelli places the idea and exercise of political power at the center of modernity. Like the sculptor, he molds and gives to the state at least its most basic form, so that it becomes almost inseparable from the Prince's role. The latter must not only conquer the former but also preserve it.

In order to do this is necessary to make use of violence and to take advantage of the circumstances as they arise. This is what Machiavelli calls *fortuna*, which the Prince, the modern political actor, faces up to while using his good sense, the Machiavellian *prudencia*. Therein lies the Prince's virtue —*virtú*. The rationale behind this has to do with the capacity of instinctively employing cruelty or compassion, devotion or incredulity, according to the circumstances and as prudence dictates.

Machiavelli is not concerned about the Prince's being good or ruthless, a believer or not. What matters above all is to appear to have these qualities. As Machiavelli puts it, "the end justifies the means." After all, when the end is the protection of the state, the politician will be judged for the outcome not for the intentions nor his inner human values.

Hay que juzgar por los resultados.

The end justifies the means.

Maquiavelo

La propuesta teórica de Maquiavelo reside en la demarcación de la política moderna, de sus fines, sus métodos, y su moralidad. Este nuevo análisis teórico entraña una revolución en el modo en que la política debe ser entendida.

Maquiavelo, en efecto, se propone descubrir los resortes fundamentales de la política real. El florentino se interesa por examinar las cosas como son, no por como deben ser. Importan menos las cualidades inmanentes de las cosas que su misma ocurrencia.

Por eso, para Maquiavelo no hay distinción alguna entre ser y parecer. Esta forma aparentemente cruda de abordar la realidad, inaugura una moralidad política diferenciada de la tradicional visión del hombre escindido en carne y alma, atrapado en la lucha entre el bien y el mal.

Al concebir al hombre como unidad, y por lo tanto susceptible de ser juzgado más por sus actos visibles que por sus determinaciones íntimas, Maquiavelo delimita teóricamente el espacio propio de lo político. Es más, al separarlo analíticamente y descubrir que su operación responde a reglas de comportamiento peculiares, sustentadas en la naturaleza humana, Maquiavelo funda una racionalidad que emana no de la verdad revelada o del poder incontestable del monarca o la Iglesia, ni de las virtudes immanentes del hombre. La nueva racionalidad política que propone Maquiavelo se nutre de la comprensión del hombre limitado por su circunstancia pero motivado por su ambición, guiado por su inteligencia y acosado por sus enemigos, dotado de recursos para ejercer la violencia pero espoleado por lo que Maquiavelo cree más preciado: preservar la estabilidad y la vida del Estado.

El príncipe virtuoso —el hombre de Estado o, según Sheldon Wolin, el actor político moderno—, agente privilegiado de esa racionalidad, se mueve permanentemente entre dos tipos de fuerzas que sólo mediante su virtud (*virtù*) y valor, su prudencia e inteligencia, puede someter para no acabar consumido por ellas: unas provienen de sus propias ambiciones; otras, que se le presentan como oportunidad, proceden de las contingencias de la fortuna y la necesidad (*necessità*).

Sin embargo, al contrario de lo que podría creerse, la teoría maquiaveliana no se estanca en una visión egoísta del individuo o del poder. Siendo tan humana, la política para Maquiavelo tiene el doble propósito de hacer perdurar al Estado y buscar, a un tiempo, el bien común. Preocupado por la división que tiene a Italia postrada, Maquiavelo desentraña las motivaciones de la política real. Es pues —sin duda— un descubrimiento teórico en la medida en que establece la autonomía de ésta respecto de la religión, la vida privada y las convenciones éticas.

En efecto, el poder sigue sus propias reglas, a las que el príncipe se acoge para normar su conducta como responsable del destino del Estado. Irónicamente —sin embargo— la racionalidad política maquiaveliana incorpora a su modo un reconocimiento de la moralidad convencional heredada del cristianismo. Para ganar estabilidad y permanencia

en un régimen determinado, el poder debe limitarse a sí mismo, acudiendo —como en efecto lo hace— a normas de carácter ético.

Sheldon Wolin tiene razón al afirmar que “cuando un gobierno opera dentro de un ambiente estable y seguro debe regirse por virtudes aceptadas como la compasión, la buena fe, la honestidad, el humanismo y la religión.”²

Pero en un mundo cambiante, el político debe conducirse mostrando por igual una cara cambiante. Eso es lo que coloca a la política en una dimensión aparte: mientras que en su privacidad los individuos conducen sus vidas de acuerdo con un conjunto invariable de valores, la política se norma con una moralidad que, basada en principio en esos valores, el hombre de Estado puede manipular sin renunciar a ellos.

Así, al situarse por encima de convenciones y valores tradicionales, la política en realidad está redefiniendo los principios del poder:

No necesita un príncipe tener todas las cualidades mencionadas (piedad, lealtad, integridad, compasión y religión), pero conviene que lo parezca... (S)erá, sin duda, (útil) el parecer piadoso, fiel, humano, religioso, íntegro, y aun el serlo; pero con ánimo resuelto a ser lo contrario en caso necesario.³

Tratándose del Estado, Maquiavelo es enfático: no deben prevalecer consideraciones de justicia o injusticia, ni de humanidad o crueldad, ni de gloria o vergüenza. La empresa política cimentada en la nueva moralidad tiene que ver tanto con el Estado cuanto con la posición del príncipe, y eso justifica que sus acciones vayan en contra de valores que son tenidos como virtudes si eso ha de salvar al régimen o procurarle más seguridad y bienestar.

² Sheldon Wolin, “Machiavelli: Politics and the Economy of Violence”, in *Politics and Vision. Continuity and Innovation in Western Political Thought*, Boston, Little Brown, 1960, p. 225.

³ Nicolás Maquiavelo, *Obras Políticas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, p. 340.

Por lo pronto, lo que hay que rescatar es la idea de que el poder se justifica no en función de consideraciones morales que condenan al individuo a ser sólo objeto del poder.

Por el contrario, para que perdure, el poder ahora debe proyectarse al ámbito de lo político no como búsqueda humana de la excelencia moral, excelencia que en sí misma beneficiaría a la comunidad, sino como el único factor del que depende la sobrevivencia del Estado. Y eso significa que el actor político debe tener disposición para transgredir normas éticas, incluso la ley, si en ello va de por medio la protección del régimen. Toda transgresión entraña una agresión —al marco jurídico, a los derechos de los demás, a un sistema de valores ampliamente aceptado— y toda agresión es un acto de violencia.

De ahí se desprende, intuitivamente, que la violencia no sólo es un instrumento sino una característica determinante de la política. Sin embargo, consciente de que puede revertirse contra el Estado y contra el príncipe, Maquiavelo propone el uso eficiente de la misma, lo que en todo caso demanda del príncipe la puesta en juego de su prudencia y su inteligencia.

El florentino apela a la historia para estudiar el comportamiento de hombres y príncipes frente al poder. Encuentra en ella ejemplos y razones suficientes para explicar la naturaleza humana. En la evolución de los Estados, Maquiavelo percibe un proceso de nacimiento, auge, declinación y substitución en una especie de movimiento circular para empezar de nuevo el ciclo. Los periodos de reemplazo de los Estados, en los que un régimen no alcanza todavía su fin y los que habrán de sustituirlos aún no nacen por completo, está caracterizado por el caos, cuando la fortuna reina sin restricciones y el hombre es compelido a actuar por necesidad. Es un interregno incierto, la anarquía, durante el que ningún proyecto —ya sea del pueblo, las élites, o el príncipe— prevalece sino hasta que uno de ellos es capaz de imponerse, restituyendo el proceso de origen, auge, declinación y reemplazo de los Estados.

El hombre se encuentra dramáticamente encadenado a ese errático y sinuoso movimiento de la historia. Pero sólo mediante la política podrá romper la fatalidad de ese caos histórico e imprimir cierto orden en

la existencia.⁴ En otras palabras, el desarrollo irracional del Estado alcanza un estatus racional —o aprehensible— gracias a la intervención humana a nivel de la política. El mundo (de la política) puede descomponerse hasta el punto de la anarquía —en virtud de la ambición natural del hombre y de la dinámica perpetua de las cosas humanas—⁵ si la acción y el poder de control del príncipe no interviene con su vocación estabilizadora. El príncipe devuelve a la actividad política su sentido y propósito mediante la inversión de las normas morales. Es decir, la arena en la que el príncipe se desenvuelve ya no tiene que ver con la verdad revelada ni con la salvación ni con el poder divino de los reyes, sino con la ambición, la necesidad, y el deseo de instalar y proteger un régimen político viable.

Si Maquiavelo rechaza la deontología para explicar lo político, el príncipe será aquel que vuelve lo deseable en posible. Al príncipe y su creatividad como hombre de acción pertenece el territorio de lo que puede ser. Sin embargo, la fortuna —o sea, las contingencias en el devenir humano— parece gobernar el mundo haciéndolo impredecible, de modo que el actor político inteligente tiene que actuar para neutralizar sus efectos y restituirles a los hombres la confianza y los medios que les permitan satisfacer sus ambiciones dentro de los límites que él mismo les imponga. El príncipe astuto debe generar tanto vínculos insustituibles con sus gobernados cuanto la percepción de que su gobierno es el mejor posible. Vale decir que gracias a la intervención del político los asuntos públicos pueden ser sometidos a un régimen cohesivo y estable.

Con todo, el sometimiento de la reina fortuna por la acción política del príncipe, nunca es definitivo. Los conflictos del poder siempre amenazarán con desestabilizar al régimen, porque para Maquiavelo es natural en el hombre desearlo todo a pesar de la imposibilidad de poseerlo todo. De ahí la insatisfacción del individuo consigo mismo y el descontento con lo que tiene. Y de ahí la tendencia a oprimir a otros como mecanismo para gratificar sus apetitos, provocando al final, si el prínci-

⁴ Sheldon Violin, *op. cit.*, p. 228.

⁵ Nicolás Maquiavelo, *op. cit.*, p. 73.

pe no fue capaz de imponerse, la ruina del Estado.⁶ De nuevo, la respuesta contra la descomposición del Estado se halla en la política, no porque elimine toda posibilidad de conflicto, sino porque provee (si no es que constituye) la arena sobre la que los antagonismos tienen lugar bajo normas adoptadas por el príncipe. Es decir, la política introduce un elemento de racionalidad, que al menos parcialmente se concreta en la existencia de reglas del juego bajo la forma de un buen régimen.⁷

La ambición de los hombres, de por sí irrefrenable, no encontrará límites hasta que el príncipe intervenga y mitigue sus causas subyacentes y las desigualdades que produce. Para tener éxito, el actor político, sujeto él mismo a los peligros de su propia ambición, ha de transitar una ruta llena de obstáculos: pasiones humanas, traición, crueldad... Por eso, le es necesario apelar a un nuevo código moral en el que virtud y maldad sean manipulados de acuerdo con las circunstancias. El hombre de Estado, prudente y virtuoso, no sólo tiene valor para encarar las contrariedades del ejercicio del poder, sino inteligencia para aprovechar las circunstancias. Ese es el príncipe de Maquiavelo, aquel que no le debe nada a la fortuna sino al talento con el que da a las oportunidades políticas la forma que cree más apropiada.⁸

En un mundo incierto en el que los factores políticos no obedecen un patrón previsible, el político no puede darse el lujo de actuar de manera consistente y uniforme. “Debe constantemente redescubrir su identidad en el papel reservado para él por un tiempo cambiante.”⁹ Sus valores pertenecen a este mundo y debe actuar en consecuencia. Por eso el príncipe debe ser, simultáneamente, prudente y audaz, zorro y león, bueno y perverso, arrogante y humilde. Y si carece de alguna de las virtudes aceptadas convencionalmente, debe fingir poseerlas. Debe cambiar conforme mudan los tiempos, calcular sus opciones, actuar con prontitud

⁶ *Ibid.*, pp. 76, 129.

⁷ Maquiavelo presenta sólo dos alternativas de buen gobierno: la república, en la que la igualdad predomina; o el principado, caracterizado por la libertad.

⁸ Nicolás Maquiavelo, *op. cit.*, p. 314.

⁹ Sheldon Wolin, *op. cit.*, p. 224.

sin vacilar, castigar y recompensar, siempre teniendo presente la preservación del Estado.

Esto nos lleva a lo que podría ser una definición provisional de la política (o del poder): la política es tiempo, o puesto de manera más pragmática, la viabilidad del Estado es un asunto de cálculo y oportunidad. Apoyado en las lecciones de la historia, Maquiavelo se atreve a recomendar al príncipe un esquema metodológico para actuar. Debe hacerlo de manera expedita y no dudar en el curso de la acción, es decir, llevar la decisión —cualquiera que ésta sea— a sus últimas consecuencias. Las razones que explican tal procedimiento son simples. Por un lado, está la naturaleza humana, que “no nos permite seguir siempre sólo el curso medio”;¹⁰ por otro, el consejo de actuar con rapidez es intuitivo: resolver problemas causando el menor daño posible.¹¹ Aquí se resuelve, en buena medida, la noción maquiaveliana del uso eficiente de la violencia, que como veremos enseguida alternará en la escena política con el valor y la inteligencia del príncipe, por un lado, y con el miedo y el amor del pueblo, por el otro.

El príncipe es un actor político, en principio, porque su hambre de honor y prestigio lo provocan constantemente a hacer sentir su poder en la escena pública. Y para ello, el actor político debe aprender el arte de la guerra (o, en nuestros términos, la ciencia del uso eficiente de la violencia), mantenerse activo en ella y siempre mostrar valor. Esa es la característica fundamental del príncipe: su habilidad e inteligencia en los asuntos de la guerra, y su valentía inmutable. Los eventos humanos hoy y en el pasado se originan en la misma suerte de pasiones. Por eso, Maquiavelo aconseja al príncipe imitar a quienes alcanzaron gloria y reconocimiento. De ahí la importancia de apreciar correctamente la his-

¹⁰ Nicolás Maquiavelo, *op. cit.*, p. 263.

¹¹ *Ibid.*, p. 322. Esta dinámica política encierra una forma particular de analizar al actor político: es un individuo solitario frente a la incertidumbre (Sheldon Wolin, *op. cit.*, p. 224). Toma decisiones solo; es responsable de sus propias decisiones y de sus consecuencias: “Conviene, pues, en todas nuestras determinaciones escoger el partido que menos inconvenientes ofrezca, porque ninguno hay completamente libre de ellas” (Nicolás Maquiavelo, *op. cit.*, p. 72).

toria de gobiernos antiguos y aprender de ello, repitiendo lo que otros hombres de Estado en su momento hicieron bien para preservar sus posiciones y sus regímenes, y evitando los errores que los condujeron a la ruina.¹²

El denominador común en los príncipes victoriosos, es su disposición inalterable a ejercer la violencia, ese rasgo constante en el mundo inestable de la política. El príncipe podría cambiar de opinión respecto de cualquier cosa, excepto en lo que concierne al poder y el coraje. Si en muchas circunstancias el príncipe disimula sus intenciones, engaña, cambia conforme mudan los tiempos, en relación con su arrojo, siempre es el mismo. Eso define a “un grande hombre.”¹³

Max Lerner dice que Maquiavelo sentía que la guerra (y, en nuestro análisis, la violencia como una de sus manifestaciones) era la salud del Estado. Sin embargo, el florentino no postula la violencia *per se*. Aunque un príncipe (sobre todo el que apenas acaba de conquistar un Estado) difícilmente evitaría la crueldad en el proceso de adquirir un Estado y en su sostenimiento,¹⁴ sólo en contadas excepciones, el que siempre recurre a la violencia alcanza, más pronto que tarde, su propia ruina. Y quizá peor, quien se empeña en ello nunca conseguirá gloria y reconocimiento.¹⁵

La máxima atribuida a Maquiavelo de “el fin justifica los medios”,¹⁶ tan aludida y con frecuencia mal entendida, invoca, es cierto, la adecuación de los métodos aplicados por el príncipe para conservar a su gobierno y protegerse él mismo; pero también presupone el logro del

¹² Nicolás Maquiavelo, *op. cit.*, p. 334.

¹³ *Ibid.*, p. 277.

¹⁴ Sheldon Wolin, *op. cit.*, p. 221.

¹⁵ Nicolás Maquiavelo, *op. cit.*, p. 321.

¹⁶ Niccolò Machiavelli, *The Prince and the Discourses*, Introduction by Max Lerner, New York, The Modern Library, 1950, p. 65. Aparentemente, Maquiavelo nunca escribió eso. Sin embargo, desde hace mucho las traducciones del italiano de Maquiavelo al inglés introdujeron esa frase —*the end justifies the means*— y la han mantenido. Los epígrafes que me permití insertar al inicio recogen la frase en inglés y la que correspondería en español —no, desde luego, la traducción literal. Me parece, en todo caso, que “el fin justifica los medios” recoge el sentido de lo que Maquiavelo ha querido ex-

bien común, objetivo pocas veces reconocido y que constituye uno de los planos complementarios de la utilización de la fuerza. En otras palabras, bien común y violencia son las dos caras de la moneda que el príncipe lanza al aire en el juego azaroso de la política. La economía de la violencia, para usar el término de Wolin, es decir, “la ciencia de la aplicación controlada del poder,” no proviene de la mente del tecnócrata preocupado sólo en diseñar medios eficientes, sino más bien del hombre comprometido con la preservación misma del hombre.¹⁷

Aquí Maquiavelo invierte y supera la moralidad clásica —que contiene la noción de que la consecución de buenos propósitos está condicionada por la bondad intrínseca de los medios para alcanzarlos— al insinuar que si en términos precisamente maquiavelianos el fin es bueno, el método para materializarlo, perverso o justo, es entonces legítimo. Bajo el control del príncipe, la premisa “el fin justifica los medios” es casi un *modus operandi* cuya eficacia, sin perder de vista el bienestar de los gobernados, depende de dosis adecuadas de violencia: en exceso, produce la inconformidad del pueblo; sin contundencia, provoca ambición y arrogancia; y en cualquier caso, el resultado sería el derrocamiento del príncipe.¹⁸

A pesar de todo, no todo es violencia. En el esfuerzo por conservar el Estado, hacen falta además amor y civismo. Maquiavelo aconseja al príncipe procurarse el aprecio popular. Lo exhorta, sí, a ser cruel y temido, pero también a agenciarse la devoción de sus gobernados. Sin embargo, desafortunadamente, el florentino no es exhaustivo al respecto, de modo que para los propósitos de mi argumento, bastaría aceptar que el bien común, que cierto nivel de bienestar social, es suficiente para avivar el afecto de la gente.

Así pues, afecto y miedo se encuentran mediados por el uso efi-

presar desde *El Príncipe* y que, al menos en parte, se condensa en la idea de que “hay que juzgar por los resultados,” pues si los resultados son buenas para la conservación del Estado, los medios entonces son adecuados.

¹⁷ Sheldon Wolin, *op. cit.*, p. 223.

¹⁸ Nicolás Maquiavelo, *op. cit.*, p. 322.

ciente de la fuerza, por la economía de la violencia.¹⁹ En ella, sin duda, la prudencia y la *virtú* del príncipe son vitales:

Toda aplicación (de fuerza) tiene que ser considerada juiciosamente, porque (su) ejercicio indiscriminado... y la constante recurrencia del miedo podrían provocar el peligro más grande de cualquier gobierno, la clase de aprehensión y odio que propagados llevan al hombre a la desesperación.²⁰

Con todo, amor, miedo y violencia necesitan propósito y contexto. Sin la textura de la civilidad, es decir, del derecho y una nueva cultura cívica, la tranquilidad y conservación del Estado devienen empresas casi imposibles. En palabras de Maquiavelo, “Las principales bases de todos los Estados... son las buenas leyes y los buenos ejércitos.²¹ De hecho, para Maquiavelo, una estructura ordenada para el ejercicio de la violencia precede a un buen orden jurídico.²² Y a su vez, la permanencia del bienestar y la armonía del Estado descansa en el orden jurídico²³ y una nueva cultura cívica.²⁴

En conclusión, el análisis de Maquiavelo corrige el discurso político y provee una explicación renovada de lo que considera las motivaciones verdaderas del poder. Funda, así, una nueva racionalidad de la política. Partiendo de lo que es, Maquiavelo especula sobre lo posible y

¹⁹ El término se lo debemos a Sheldon Wolin.

²⁰ Sheldon Wolin, *op. cit.*, pp. 221, 222.

²¹ Nicolás Maquiavelo, *op. cit.*, p. 328.

²² *Ibid.*, p. 68.

²³ *Ibid.*, pp. 82-83.

²⁴ En este tema, Maquiavelo no sólo es claro sino vehemente. La religión (cristiana) ya no puede regir el comportamiento humano y social. Hace falta reconstruir la religión desde un punto de vista civil. Sin negar la fuerza espiritual de la fe, o precisamente por ello, Maquiavelo recomienda la creación de una religión nacional que restituya su valor a las ambiciones y las posesiones de este mundo. En ellas radican las motivaciones del hombre y son ellas la justificación de sus acciones. Maquiavelo no las ve como fatalidad, sino como el pretexto de la política, que la virtud y la prudencia del príncipe vuelve oportunidad o ruina. La nueva cultura cívica por la que aboga Maquiavelo serviría de contexto a los apetitos materiales de los hombres y a la acción del príncipe.

sobre una serie de principios que el actor político utiliza de modos diversos de acuerdo con las circunstancias. Esos principios son, en realidad, virtudes y vilezas que no están sujetas a un orden de prelación preestablecido. En el contexto de la política, caracterizada por una situación de cambios parecida al caos, el hombre de Estado debe escapar de la *necessità* y hacer de la *virtú* el cimiento de sus acciones.

La nueva política que Maquiavelo propone no se apoya en los valores morales *per se* ni en la fuerza y el miedo exclusivamente, sino en el fin superior de preservar el Estado. Sólo de esa forma el príncipe podrá alcanzar gloria y reconocimiento. La política, así, se sitúa en una dimensión peculiar que la distingue de otras esferas de la actividad humana. En ese terreno siempre movedido de ambiciones personales y aspiraciones cívicas, la violencia constituye un instrumento peligroso que sólo el príncipe virtuoso y prudente puede utilizar para salvar al Estado y a él de sí mismo.